



CRISTINA PRADA

TODO LO QUE PERDÍ

«Su actitud sexy, su atractivo,
sus ojos azules...
Todo juega en mi contra.»

1

laerótica  booket

Cristina Prada

Todo lo que perdí

*Una caja de discos viejos y unas gafas de sol
de 1964*

Esencia/Planeta

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios.
Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Cristina Prada, 2017

© Editorial Planeta, S. A., 2017, 2018

Avinguda Diagonal, 662, 6.ª planta. 08034 Barcelona (España)

www.esenciaeditorial.com

www.planetadelibros.com

Diseño de la cubierta: Booket / Área Editorial Grupo Planeta

Fotografía de la cubierta: Shutterstock

Primera edición en Colección Booket: julio de 2018

Depósito legal: B. 13.411-2018

ISBN: 978-84-08-18685-4

Composición: Gama, S. L.

Impresión y encuadernación: Liberdúplex, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España

25 de marzo del 2017

Estoy más nerviosa de lo que pensaba que estaría. Hace ocho horas que he salido de mi apartamento con vistas a la Barceloneta y me he montado en un avión, de vuelta a Madrid. Mi hermano Rodri me llamó anoche. Su voz sonó rota por teléfono y no necesitó decirme más. Su mujer, Julia, la segunda peor persona que he tenido la desgracia de conocer, no se había tomado muy bien que él, por fin, diera carpetazo a su horrible matrimonio.

Por eso no lo he dudado y, aunque es lo último que juré que haría, he cogido el primer vuelo con plazas disponibles y he regresado a la capital. Me acompaña mi amiga Sira. Ella tiene perfectamente claro por qué yo no quería volver y yo sé por qué ella deseaba marcharse, así que ninguna de las dos ha hecho muchas preguntas.

Odio volar, pero en el avión no estaba tan inquieta como lo estoy ahora. Es Madrid.

Llamo al timbre del piso de nuestra amiga Martina con la sonrisa preparada.

—¡Voy! —la oigo gritar desde el interior, junto con un número indiscriminado de oes.

A los pocos segundos comienzo a oír una ristra de cerrojos abrirse, cuento al menos cuatro. Menos mal que vive en La Latina. No quiero ni pensar cómo fortificaría su casa si viviera en Vallecas.

—¡Cande! —chilla entusiasmada en cuanto me ve—. ¡Te he echado muchísimo de menos!

—¡Y yo a ti!

Nos abrazamos y ya me siento mucho mejor. Martina no es una amiga cualquiera, es la tercera mosquetera de los cócteles y las conversaciones sexuales de dudoso gusto, pero, como ella misma diría, mucha sabiduría.

—Vamos, entra —me anima—. Tienes mucho que contarme.

—Espera. Espera. —La freno con las dos manos—. Tengo una sorpresa para ti —le anuncio, y mi sonrisa se ensancha de oreja a oreja—. Señorita Martina López —continúo ceremoniosa—, tengo el placer, y el cuestionable honor, de comunicarle que en este viaje me acompaña la portadora de un honor aún más incierto: Sira Téllez.

Estiro los brazos a modo de presentación y, ante una boquiabierta Martina, Sira sale de detrás de la pared.

—¡Sorpresa! —exclama, abalanzándose sobre ella y dándose un abrazo de oso, al que me uno en cuestión de segundos, en toda regla.

¡Sí! ¡Es genial volver a estar todas juntas!

Nos acomodamos en el salón y Martina nos acerca dos Coronitas heladas.

—Y, por cierto, ¿qué es eso de incierto honor? —se queja Sira cogiendo la suya—. Soy una dama.

Yo me echo a reír.

—Eso díselo al azafato que ha amenazado con denunciarte en la comisaría del aeropuerto si volvías a cogerle el culo —replico, descalzándome una Converse con otra y subiéndome los pies al sofá.

Ahora es Martina la que rompe a reír, sentándose en un desvencijado tresillo frente a nosotras.

—En primer lugar, prefieren que los llamen auxiliares de vuelo —responde muy seria— y, en segundo, él estaba muy bueno y yo estoy muy triste.

La miro llena de fingida ternura y ella me lanza su sonrisa más estudiadamente desconsolada.

—Aunque sean guapos, tienen sentimientos —aporta Martina.

Yo asiento dándole un trago a mi cerveza. Sin embargo, cada vez tengo menos clara esa frase. Estoy empezando a desarrollar la teoría de que, cuanto más guapo, más hijo de puta, pero no puedo compartirla, porque eso sería admitir que me paso las horas en vela pensando en lo que no debería pensar, que estoy a dos noches de llamar a la señora que echa las cartas de madrugada por televisión porque cada vez sus consejos me parecen más sabios y que, anteayer, canté dos veces, una de ellas borracha, los grandes éxitos de Taylor Swift.

—¿Y cómo es que al final has venido? —le pregunta Martina.

—Me han despedido —responde sin más.

Yo ya conozco la historia. Detrás del «me han despedido» de Sira se esconden un trabajo horrible en una de las editoriales más importantes de la ciudad y una relación aún más horrible con Andrés, su compañero de departamento.

—¿Y qué tal con ese chico con el que salías?

Sira evita su mirada.

—Mejor cambiamos de tema —la salvo.

—Vale, pues cuéntame tú a qué has venido —inquire perspicaz—, porque todo lo que me dijiste por teléfono fue «mañana llego a Madrid, ¿puedo quedarme en tu habitación libre?», lo cual es sumamente extraño, porque tu apartamento está a algo así como dos portales.

Martina tiene muchas cualidades, pero entre ellas no está ni perdonar ni olvidar. Y, por extensión, tampoco está dispuesta a que yo perdone u olvide.

—Rodri me llamó —contesto—. No lo está pasando muy bien con la separación de Julia. Me necesita.

Las dos asienten. Saben cuánto quiero a mi hermano e imaginan lo duro que tiene que estar siendo todo este asunto para él. Por un motivo inexplicable para todos, él adora a su futura exmujer.

—Julia es una auténtica zorra —sentencia Sira, y parece salirle del alma.

Martina y yo asentimos, ella creo que incluso lo hace con los ojos cerrados para ganar en vehemencia. Es que se merece cada letra de ese apelativo.

—Engañó a Rodri de la peor manera posible —continúa Sira—, y ni siquiera se molestó en evitar que todo Madrid se enterase.

—Se ha mudado y, cuando hablamos por teléfono, lo noté muy triste, como al borde de irse a vivir a una autocaravana en mitad de un bosque y alejarse del amor y la sociedad.

—Es una lástima, es demasiado guapo —comenta compungida Martina.

Sonríó y ahora es Sira la que asiente con los ojos cerrados. Mi hermano es un bombón, absolutamente en todos los sentidos, de Caja Roja de Nestlé.

Un par de horas de cotilleos después, Sira se marcha a casa de sus padres para saludarlos e instalarse. Quedamos en vernos para tomar una copa en el O'Donell, nuestro pub favorito.

Tras una ducha, consigo quitarme toda la pesadez del avión, pero no logro hacer que me desaparezca el hormigueo de la boca del estómago. Estoy inquieta, nerviosa.

Envuelta en la toalla, me asomo por el pequeño ventanuco de madera del baño de Martina. A pesar de ser un apar-

tamento pequeño, es un edificio alto en la parte más alta del barrio, así que las vistas son espectaculares. Suspiro. ¿A quién pretendo engañar? Adoro esta ciudad, cada centímetro cuadrado. ¡He sido tan feliz aquí! Mi primer cigarrillo, mi primera copa, mi primera vez. También he sido demasiado desgraciada. Suspiro de nuevo, esta vez casi un bufido, y me alejo de la ventana de un salto. No puedo permitir que este tipo de sentimientos me atrapen. La decisión está tomada, lleva mucho tiempo tomada; noventa y nueve días tomada, para ser exactos. Cierro el porticón con fuerza, la madera se resquebraja y aprieto los ojos pensando que acabo de romper el ventanuco. Por suerte, ha sobrevivido.

Mientras camino por la habitación en busca de mi bolso y mi abrigo rojo, me pongo mi gorrito de lana gris. Que me encantan los gorros, no es ningún secreto, creo que tengo uno de cada color, pero a éste le tengo un cariño especial. Rodri me lo trajo de París.

—Me voy —me despido de Martina, buscándola con la mirada por el salón.

—¡Vale! —responde a voz en grito desde el baño.

Se oye el rumor continuo de una *epilady* y la canción *Enamorado de la moda juvenil*, de Radio Futura. Mi querida amiga está preparándose para darlo todo esta noche.

—¡Te he dejado una copia de las llaves sobre la mesita de la entrada!

Miro a mi alrededor y las localizo junto a la puerta principal, encima de un cochambroso taburete pintado de azul que sin duda ha vivido días mejores.

—Nos vemos en el pub —le digo abriendo la puerta.

—¡No te oigo! —se desgañita.

—¡Digo que nos vemos en el pub!

—¡No grites! —protesta divertida—. ¡Esto es una casa decente!

Mi sonrisa se ensancha rozando la risa y definitivamente salgo del piso.

Madrid está idéntica a como la recordaba. De acuerdo que sólo han pasado tres meses, pero algo dentro de mí creía que, si yo había cambiado tanto, la ciudad también lo habría hecho. Me cierro el abrigo y me abrocho hasta el último botón, mientras giro para tomar la calle Toledo y llegar hasta la parada de metro. Hace muchísimo frío para ser finales de marzo.

Después de ocho paradas y un cambio de línea, me bajo en Velázquez. No es la parada en la que debería hacerlo, pero, la que de verdad queda más cerca del nuevo piso de Rodri, me trae demasiados recuerdos. Sin embargo, he vuelto a hacer la mayor de las estupideces, porque he tenido que cruzar todo el barrio y, una calle tras otra, han ido recordándome cada vez más a él. Joder, no tendría que haber venido. Tengo que olvidarme de este complejo de auxiliar al desamparado, porque siempre acabo metiéndome en líos. He estado tres meses sin venir, alejada de mi única familia, en una ciudad extraña, con un trabajo horrible y, tras una llamada de teléfono, mucha culpabilidad y amor fraternal, estoy otra vez aquí, en pleno barrio de Salamanca, en la calle Claudio Coello, su calle, que, por casualidades del destino o de un karma muy malo que debo de estar quemando porque en mi anterior reencarnación inventé los pantalones de campana, Rodri se ha mudado a dos malditos portales de él.

Suspiro hondo y cruzo rápido la calzada, obviando las mariposas que se despiertan en mi estómago a cada paso que doy. Estos baldosines nos han visto besarnos, mordernos, follarnos. Me han visto quererlo a mí y desearme a él, porque quererme nunca me quiso, eso está claro... pero, joder, ¡cómo lo quería yo! Me permito pensarlo un segundo y, ese dolor emocional que se transforma en físico y me agujerea las costillas, regresa.

Tengo que volver a Barcelona. Es urgente.

—Es esta maldita calle —me digo cuando al fin alcanzo el portal de Rodri y me siento mínimamente segura.

Es Madrid.

Por fortuna, el portal está abierto. Subo hasta la tercera planta y llamo a su puerta. A los pocos minutos me abre, secándose las manos en un trapo de cocina y con la mirada concentrada en sus dedos. Sonrío de oreja a oreja, pero no digo nada, esperando su reacción. Un momento después, confuso porque nadie hable al otro lado en el rellano, alza la cabeza y me ve.

—Enana... —murmura incrédulo.

—Bueno, ¿qué tal van las cosas por aquí sin mí? —pregunto divertida.

Está perplejo.

—Ven —me dice reaccionando al fin, a la vez que ríe sincero y me coge en brazos, levantándose en volandas—. ¿Qué haces aquí? —inquire dejándome de nuevo en el suelo.

Se hace a un lado y entro. Me quito el abrigo y el gorro, y me sacudo mi desordenada melena castaño claro.

—Después de que habláramos por teléfono —le explico girándome para tenerlo de frente mientras cierra la puerta—, pensé que te vendría bien que viniera a pasar unos días contigo.

Al volverme de nuevo, el salón aparece frente a mí y no puedo hacer otra cosa más que mirar pasmada a mi alrededor, mientras dejo la ropa sobre la barra de la cocina. El piso es horrible. Muy moderno y nuevo y todas esas cosas, pero sencillamente horrendo.

—Ya veo que no me equivocaba —susurro con la mirada aún puesta en el aséptico salón.

—Es moderno —me replica, colocándose a mi lado con los brazos en jarras y contemplando igual que yo su nueva casa.

—Los muebles son negros. Es muy deprimente —sentencio.

Asiente sopesando mis palabras y, al cabo de unos segundos, ambos nos echamos a reír. Rodri rodea mis hombros con un brazo y me da un beso en la frente.

—Te he echado de menos, enana.

Mi sonrisa se ensancha. Yo también lo he extrañado muchísimo.

Mi hermano regresa a la cocina, coge dos vasos de la barra y los lleva hasta el fregadero.

—¿Quieres algo de beber? —me pregunta—. Tengo esos refrescos de mandarina que te gustan.

Me siento en uno de los dos taburetes, al otro lado de la isla, y Rodri pone un vaso con mucho hielo, desenrosca una Fanta de mandarina y la coloca sobre la encimera justo delante de mí.

—¿Hoy no has ido al trabajo? —planteo consciente de que es sábado, pero es que Rodri siempre curra los sábados.

—Me lo he tomado libre, para terminar de instalarme, pero, tranquila, no lo he hecho solo. De hecho, casi os cruzáis...

—Está riquísima —lo interrumpo sin querer.

Al darme cuenta, me disculpo con una sonrisa de hermanita pequeña y me encojo de hombros.

—Es que está riquísima —me defiendo— y en Barcelona no he sido capaz de encontrarla.

Rodri sonrío.

—¿Estela sabe lo que ha pasado? —pregunto después de un par de sorbos.

—Yo no se lo he contado, pero no me extrañaría que Julia lo hubiese hecho. Ya sabes lo amigas que son.

Frunzo los labios y me quedo a medio camino de un mohín. Ya ni siquiera puedo fingir la sonrisa cuando hablo de esas dos. Si Julia es la segunda peor persona que conozco, Estela, mi hermana mayor, es la primera.

—La verdad es que casi prefiero que no sepa nada —continúa Rodri—. De hacerlo, se presentaría aquí y no tengo ningunas ganas de aguantarla.

—Aprovecha el divorcio para que Julia se quede con su custodia —comento socarrona.

Rodri sonrío.

—A ti, ¿te llama?

—Todas las malditas semanas.

—Y, por supuesto, tú no le coges el teléfono —replica burlón.

Me toco la nariz con el índice como respuesta y su sonrisa se ensancha. Una de las pocas cosas buenas que tiene no vivir en Madrid es que no tengo que soportarla y me puedo permitir ignorar sus llamadas sin el temor de que aparezca en la puerta de mi casa. Los Martín somos así, un poco disfuncionales.

—Cualquier día cogerá el puente aéreo y se presentará en Barcelona.

—Más a mi favor para que consigas que Julia se la quede en el divorcio.

—Hablando de divorcio...

—Y de arpías —añado.

Rodri pretende reprenderme con la mirada, pero acaba sonriendo.

—Estela va a casarse —me anuncia esperando mi reacción.

—¿Con quién? —pregunto atónita—. Pobre desgraciado —agrego después sin poder contenerme.

Si mi hermana ya es insoportable en su vida diaria, mi hermana organizando su boda tiene que ser el acabose.

—Pues...

Rodri va a contestar, pero su teléfono empieza a sonar. Me hace un gesto con el índice para que espere mientras se saca el *smartphone* del bolsillo de los chinos. Mira la pantalla.

—Es del trabajo. No tardaré.

Asiento y él sale de detrás de la barra y se encamina, imagino, al despacho. Lo oigo hablar de fondo y yo paseo la mirada de nuevo por el salón. Es un sitio realmente deprimente. Mañana mismo iremos a Ikea y traeremos un montón de muebles suecos para animar esto un poco.

Mi móvil también empieza sonar, sacándome de mi ensoñación. Abro el bolso e, imitando a Rodri, miro la pantalla de mi iPhone. Es Sira.

—¿Dónde estás? —me grita, y suena de fondo la misma canción de Radio Futura que escuchaba Martina cuando me marché.

—Estoy con Rodri.

El estribillo empieza y oigo a Martina cantar como una loca.

—Veo que ya estáis muy animadas —comento con una sonrisa.

Percibo cómo Sira trastea con el teléfono y el rumor de lo que parece una puerta cerrándose.

—Hay que ahorrar para pagarle unas clases de canto —dice fingidamente seria.

Yo sonrío, casi río.

—Creí que estarías en casa de tus padres.

—No aguantaba más y he decidido venir a beberme otra cerveza.

—Con cerveza todo sabe mejor.

No la veo, pero sé que ha asentido. Ésa es una de sus máximas.

—Te llamaba por si necesitabas un control de daños.

—¿Un control de daños? —inquiero confusa.

«Control de daños» es nuestra clave para definir una situación que puede acabar en una crisis monumental. Desde que mi jefe me ha pillado cambiándome de vestido en su despacho a que los dos chicos con los que salgo a la

vez están en el mismo club. Aunque parezca mentira, las dos cosas han pasado más de una vez.

—Cande, por Dios, no te hagas la tonta conmigo —replika—. Estás en la zona cero de tu vida sentimental, exactamente a dos portales. Se te tienen que haber caído las bragas en cuanto has puesto los pies en esa calle.

—No se me han caído las bragas —protesto enfurruñada.

—No vayas de digna. Soy tu amiga. Yo estaba contigo el día que nos tragamos media comunión porque íbamos tan borrachas que no nos dimos cuenta de que nos habíamos equivocado de iglesia cuando íbamos a la boda de tu prima Paula.

Sonrío.

—A la niña le encantó el regalo —me defiende burlona.

—Suéltalo ya —se queja—. ¿Cómo estás?

—Bien. —Resoplo—. Ha sido raro —aclaro—, pero estoy bien.

—Si la calle llega a ser diez metros más larga, te suicidas, ¿verdad?

Me río, entre otras cosas, porque tiene más razón que un santo.

—Yo no lo habría expresado mejor.

—Sal de ahí —sentencia—. No se trata sólo del hecho de que, más temprano que tarde, sus feromonas te llegarán desde su casa y volverás a caer en coma profundo, sino de que ¿qué pasará si lo ves por casualidad? Yo qué sé, ahora bajas y de repente lo pillas volviendo de la oficina, del súper o de echar un polvo... ¡joder!, y sabes que sabrás que ha follado.

Sira siempre ha tenido la teoría de que, cuando venía de echar un polvo, estaba aún más guapo, porque sus feromonas se habían bañado en sexo y todo en él era *aún más*: aún más atractivo, los ojos aún más azules, el culo aún más prieto; cosas de mi amiga. Lo cierto es que el

sexo le sentaba de maravilla, lo envolvía en un halo de seguridad, magnetismo y atractivo que era una maldita condena para cualquier pobre incauta que lo mirara. Si no estabas enamorada ya, deponías armas sin condiciones al instante.

—No te preocupes. Imagino que Rodri me llevará a cenar.

—Y, después, a quemar la ciudad —me recuerda—. Llevamos tres meses lejos de estas calles... tienen que echarme muchísimo de menos —se lamenta como si en vez de meses hubiesen sido años.

Sonrío.

—Cuenta con ello.

Rodri regresa de la habitación, guardándose de nuevo su BlackBerry en el bolsillo. Yo acelero la despedida con Sira y cuelgo.

—¿Me llevas a cenar? —le pregunto, bajándome del taburete y cogiendo mi abrigo y mi gorro.

Mi hermano me mira un segundo, sonrío y camina decidido hasta el descansillo en busca de su cazadora.

—Te llevo al Matisse —me propone al tiempo que abre la puerta.

—No —me apresuro a replicar y, por la cara que me pone, creo que he sido demasiado vehemente. El Matisse es mi restaurante favorito, pero está lleno de recuerdos y ahora no quiero revivir ninguno—. Es que acabo de volver —me disculpo algo nerviosa—. Quiero algo muy madrileño.

Rodri me mira perspicaz, pero yo le dedico mi mejor sonrisa de hermanita pequeña y en seguida lo despisto. Es mi mejor arma con él.

—Entonces ¿qué hacemos? ¿Te llevo a comer un bocata de calamares? —inquire con una sonrisa.

No era mi idea, pero, ahora que lo pienso, me apetece muchísimo.

—Vamos a la plaza Mayor —le propongo entusiasmada—. Bocata de calamares y una caña.

La sonrisa de Rodri se ensancha y me hace un gesto con la cabeza para que pase mientras me mantiene la puerta abierta.

Ya en la susodicha plaza, yo quiero meterme en el bar más cochambroso de todos, porque es obvio que tiene los mejores bocadillos. Como intento explicarle a Rodri, la ecuación no podría ser más sencilla: más mugre, mejores calamares. Pero se niega en redondo y acabamos sentados en plena plaza, en un bar pijísimo donde nos ponen los bocadillos con pan crujiente y en un plato de diseño. Me quejo un par de veces de que así no saben igual, pero siempre obtengo la misma sonrisa por respuesta.

Hablamos de todo un poco. Me cuenta que dejó definitivamente a Julia porque, por mucho que la quisiera, sabía que su relación ya no tenía solución y no quería alargar más la agonía. Nunca comprendí que la pillara en la cama con otro tío y, aun así, la perdonara, pero sí me sirve para tener claro que, si ahora dice que no había solución, es que realmente no la había. Él lo habría intentado todo por esa arpía.

También hablamos de mi vida en Barcelona y yo pongo en funcionamiento eso de mentir como una bellaca. No quiero preocuparlo.

—Sigo sin entender por qué te fuiste —dice con la vista perdida en la plaza y los miles de turistas que la abarrotan—. Te encantaba Madrid.

—Y me sigue encantando.

Mentalmente suspiro y un miniyo corre al encuentro del oso de la estatua de la Puerta de Sol, que ha cobrado vida, ha dejado atrás el madroño y se dirige hacia mí con una sonrisa. Toda la plaza aplaude nuestro abrazo.

—¿Y no te sientes sola?

—No. —Sí.

—¿Y no echas de menos nada de lo que dejaste aquí? Automáticamente pienso en sus manos. Son tan grandes, tan masculinas. Sentirlas sobre mi piel era lo mejor de todo. Discreta, sacudo la cabeza.

—Claro que echo cosas de menos —respondo forzando una sonrisa. Me sale de maravilla, he practicado muchas veces la técnica—. Te echo de menos a ti, idiota.

Rodri sonrío, pero no le llega a los ojos. Él tiene que practicarlos más.

—Yo no me imaginaba mi vida así, Candelita —dice empujando su plato con los dedos índice y corazón y la mirada fija en el movimiento.

Suspiro. Si me llama *Candelita*, definitivamente no está pasando por un buen momento. Todavía recuerdo esa misma palabra pronunciada con esa misma pesadumbre el día que me dijo que había una plaza para mí en un interinado en Irlanda.

—Rodri, es lo mejor que podría pasarte —repongo inclinándome también sobre la mesa—. Julia no es una buena persona.

Trato de que en mis palabras no haya una pizca de desdén. No quiero que piense que lo digo porque la odio, aunque en realidad la odie, y mucho.

—Cande —continúa ignorando por completo mi comentario—, tengo treinta y un años y ya estoy divorciado, joder.

—Eso no tiene nada de malo —replico con total seguridad—. La hija de cualquier folclórica que se precie, a tu edad, se ha casado ya tres veces —sentencio socarrona sólo para hacerlo sonreír.

Rodri me mira intentando disimular que sus labios se están curvando hacia arriba.

—Discúlpame si eso no hace que me sienta mejor.

Le mantengo la mirada como si no entendiese por qué y al final ambos sonreímos. Al cabo de un mísero segun-

do, su gesto se transforma en uno más triste. Ahora mismo tengo ganas de presentarme en ese barrio de esnobs donde vive Julia y estrangularla con mis propias manos.

—Saldrás de ésta —le digo, y lo pienso de verdad. Es una persona maravillosa y sólo se merece que le pasen cosas buenas— y, antes de que te des cuenta, te reirás de cómo te sientes ahora.

Suspira y asiente, pero es obvio que, actualmente, no cree ni una sola palabra de esa frase. Yo también tomo aire. Cada vez tengo más clara una verdad que aprieta mi estómago y tira de él.

¡Maldita empatía y maldito amor fraternal!

—Lo sé, lo sé —contesta, llevándose las palmas de las manos a los ojos y frotándoselos con fuerza.

—Pues más te vale que lo sepas, porque no quiero verte con esa cara todos los días.

Automáticamente Rodri baja las manos y me mira con una incipiente, y auténtica, sonrisa en los labios.

—No tienes que dejar tu vida en Barcelona por mí —comenta tratando de sonar muy convencido, pero, por su expresión, es obvio que la idea no podría hacerlo más feliz.

—Mi vida en Barcelona es un asco —contesto sincera a modo de explicación.

Su gesto cambia en una milésima de segundo y me dedica su inconfundible mirada de hermano mayor preocupado. ¡Mierda! Soy una bocazas.

—Me necesitas —sentencio rezando por que olvide lo que acabo de decir.

—No te necesito —protesta con una sonrisa.

—Tus muebles son negros y te estás lamentando por la mujer que prácticamente te ha obligado a vivir con ellos. Claro que me necesitas.

Los dos sonreímos otra vez.

—Está bien —claudica.

—Y mañana nos vamos a Ikea a comprarte aunque sea unos cojines. Hay que animar esa casa.

Rodri asiente y sonrío encantado justo antes de darle un trago a su cerveza. Yo también sonrío, pero al mismo tiempo doy el resoplido mental más largo de la historia. Solita acabo de meterme de nuevo en la boca del lobo. ¿Qué demonios voy a hacer otra vez en Madrid?

Terminamos de cenar y Rodri me deja a un par de metros del O'Donell. Insiste sobremanera en que me quede a dormir en su apartamento, pero consigo convencerlo de que es más lógico que me quede con Martina. Ya lo tengo todo en su piso. Además, dada la grandiosa decisión que he tomado, lo mejor es que mañana por la mañana me pase por el mío para adecentarlo un poco. Quedamos en vernos al día siguiente y me vigila caminar calle arriba en dirección al pub. Su conciencia de hermano mayor le impide arrancar el coche antes de que entre.

Las chicas me esperan al fondo del local. Se han agenciado una mesa, lo cual es todo un mérito en este sitio un sábado por la noche, y ya han pedido la primera ronda. Me dirijo hacia ellas quitándome el abrigo. Al llegar, sólo veo a Martina. Me deshago del gorro y me dejo caer sobre la silla de madera, a la vez que me sacudo el pelo. No tengo ni idea de en qué estado estará. Mi aspecto físico y yo nos estamos dando una tregua. Yo no doy el paso definitivo de parecer una indigente y él me permite estar medianamente presentable con la cara lavada y el pelo de cualquier forma. Antes, si, por el motivo que fuese, no hubiese podido maquillarme un sábado por la noche, me habría pasado todo el camino hasta el pub pellizcándome las mejillas para tener color. Las cosas pueden cambiar mucho.

—¿Dónde está Sira? —inquiero mirando su copa y su bolso.

No reconozco la canción que suena, pero seguro que es de los ochenta. El camarero-DJ de este local tiene un

sentido muy peculiar en lo que a elección de canciones se refiere.

—Ha ido al baño —responde Martina deslizado una copa por la mesa de madera, rebarnizada infinitas veces, hasta colocarla frente a mí.

—¿Baño de verdad o un Sergei?

—Baño de verdad... —responde—. Creo —rectifica.

Sonrío, casi río. Sergei es el nombre del camarero más guapo de todo Madrid, sin exageraciones, que trabajaba, como no podía ser de otra manera, en el Cielo de Pachá. Después de semanas tonteando con él, Sira al fin consiguió que la invitara a salir, pero el problema estuvo en que la única manera que tenía de hablar con él era pidiendo copas y ese día no fue una excepción, así que, a eso de las dos de la mañana, Sira estaba contentísima como nunca, esperando a que semejante ejemplar saliera de trabajar para llevarla a tomar «la última», y borracha como nunca. Y el momento lo aprovechó un chico bajito y algo gordito para meter ficha. Resumiendo: Sergei los pilló en el baño de la discoteca echando lo que Sira más tarde llamó *el polvo de la paz mundial*. Martina y yo nos reímos tanto que, desde entonces, montárselo con alguien en los servicios se conoce como un Sergei.

Le doy un trago a mi copa y automáticamente toso. Por Dios, ¿qué es esto?

—Pero ¿qué habéis pedido? —pregunto sacando la lengua para enfriarla un poco.

—Vodka, lima, tequila y espumoso italiano. Un bombero ardiente.

—¿Un bombero ardiente?

—Lo dices mal —me corrige.

—Es un *bombero ardiente* —pronuncia lasciva.

La miro fingidamente atónita y a los segundos ambas nos echamos a reír. Le doy un nuevo trago. Éste me ha sabido mejor.

—¿Qué tal con Rodri?

—Bien.

Tomo aire preparándome para lo que tengo que decirle. La conozco y sé que no va a gustarle.

—Tengo una noticia buena y otra mala —añado antes de que ella pueda decir cualquier otra cosa—. ¿Cuál quieres oír primero?

Mi amiga me observa perspicaz, tratando de averiguar por dónde van los tiros.

—La mala —contesta convencida.

—Me vengo a vivir a Madrid.

Martina abre los ojos como platos.

—Cande, ¡por Dios! —protesta. Hace una pausa bastante significativa—. ¿Y la buena?

—Me vengo a vivir a Madrid —respondo con una sonrisa de oreja a oreja.

Creo que el bombero ardiente está empezando a hacerme efecto.

Ella se toma otro trago, pero, al final, como si no fuera capaz de soportarlo más, sonrío.

—Es una locura. Lo sabes, ¿verdad? —me advierte.

Asiento.

—Lo hago por Rodri.

—Mientras sólo lo hagas por él...

Martina me mira con una sonrisa de lo más impertinente en los labios. Yo le pongo los ojos en blanco.

—No soy ninguna estúpida —objeto. Creo que incluso me siento algo ofendida.

—No te enfades. No creo que lo seas, pero, cuando se trata de *él* —añade haciendo un hincapié lleno de desdén en esas dos únicas letras—, pierdes hasta la noción del tiempo y el espacio. Que te vuelves gilipollas, vamos.

—Volvía —la corrijo.

—Más te vale —replica sin paños calientes—. Entiendo que te quedes por tu hermano, porque te necesita,

pero, por el amor de Dios, no caigas otra vez; si no, ¿de qué habrán servido estos tres meses?

Asiento. Tiene razón.

—Y que sepas que no voy a tomarme la molestia de hablar más de él. Lo fulminé con la mirada en su momento y para mí dejó de existir —sentencia.

Martina ni perdona ni olvida y, si encima te asesina con la mirada, puedes tener por seguro que has muerto en vida para ella. Literalmente. Lo vio un día en una serie de televisión y lo puso en práctica por primera vez con un camarero que le tiró una copa encima de su único vestido de Hoss Intropia. Se quedó tan a gusto que decidió adoptarla como filosofía de vida.

—Nunca volvería con él —afirmo esperando que mi contundente frase dé por zanjado el tema—. Jamás —cometo el error de añadir y, no sé por qué, siento que eso me resta credibilidad.

Martina sonrío plenamente consciente de que va a tener que dispararle con tal de mantenerme alejada. Sospecho que la idea le produce algo de satisfacción.

Me termino mi bombero ardiente de un trago y en ese instante Sira se acerca a la mesa.

—Vamos a bailar —propongo sin dejar que llegue a sentarse.

Tampoco espero su respuesta, la cojo de la mano y miro a Martina para que nos siga. Tengo un nuevo plan: si la vida me parece un asco, beberé y bailaré hasta que comience a resultarme divertida. Reconozco que no es mi idea más brillante, pero para esta noche me vale.

Empiezo a bailar para olvidarme de todo, para escapar de la ciudad, de la calle Claudio Coello, de él. Suena *Eloise*, de Tino Casal. Pero, antes de que me dé cuenta, mi mente vuela libre y comienzo a recordarlo, a recordar lo guapo que estaba leyendo el periódico, su voz mientras follábamos, sus manos en mi piel, sus gafas de sol de 1964.

Sin embargo, al abrir los ojos, vuelvo a la acuciante realidad. Resoplo y, antes de que la canción termine, estoy saliendo del local. Le mando un mensaje a Martina y me dirijo con paso rápido a su casa. No tendría que haber venido. No tendría que haber dicho que me quedaría.

—Es Madrid —me repito acelerando el paso con la mirada clavada en los baldosines... y que mi vida es un asco, eso también influye.

A la mañana siguiente me levanto temprano. Tengo una resaca descomunal. Me arrastro hasta la cocina, me tomo dos ibuprofenos y una botellita de agua prácticamente de un trago. En ese momento, Martina entra en la pequeña cocina envuelta en el nórdico. La observo y sonrío. Tiene un aspecto deleznable.

—¿Cuántos bomberos ardientes os tomasteis después de que me marchara? —inquiero tendiéndole una botellita de agua.

—No lo sé... ¿Muchos?

Mi sonrisa se ensancha.

Nos arrastramos hasta el salón y nos sentamos en el sofá que me ha servido de cama, pues anoche me quedé frita en él mientras le daba vueltas a la cabeza. Enciendo la tele y Martina cambia de canal hasta que encuentra una película ochentera de esas que habremos visto unas mil veces. Nos quedamos así más de una hora, hasta que decido arrastrarme un poco más y llegar a la ducha.

Salgo casi otra hora después. Después de mucho pensar bajo el chorro de agua caliente, he cantado a pleno pulmón todas las canciones que se me han ocurrido. Mi vida es un asco, sí, pero es mi vida y he salido de cosas muchísimo peores. No voy a hundirme por tener que reinstalarme en esta ciudad. Siempre que tenga un par de zapatos bonitos y localizado el bar más cercano, puedo salir airoso de cualquier situación.

Convenzo a Martina de que se vista para que me acom-

pañe a mi piso. Me cuesta que me enseñe el dedo corazón un par de veces, jurar que no volveré a dejarla beber bombos ardientes (aunque mi integridad física se vea comprometida) y que esta noche llamaremos al chino de Nuevos Ministerios.

De camino, telefoneamos a Sira, quien, al parecer, tiene un resacón aún peor.

Abro la puerta de mi apartamento con la mano temblorosa. No sé si quiero entrar, pero entonces recuerdo que he decidido adoptar una nueva actitud mucho más positiva, tipo pastillas de la felicidad. En mitad de mi reflexión, Martina me empuja y nos hace entrar como dos elefantes en una cacharrería. Nos chocamos la una con la otra, las dos con la puerta y la puerta con el pequeño mueblecito de la entrada.

La miro mal y ella me dedica un mohín de lo más infantil.

—Es que eres muy melodramática, Cande —protesta—. Ya nos veía media hora en la puerta, entro, no entro, la vida me quema en la garganta —se burla.

—Te comportas como si hubiera salido de una novela de Jane Austen —me quejo ahora yo.

—No, las tías de las novelas de Jane Austen follan. Tú te estás comportando como la bibliotecaria que le quita el polvo a los libros —replica socarrona.

Le enseño el dedo corazón. Se lo ha ganado.

—Chata, en la vida de toda mujer llega el momento *Sexo en Nueva York* —me dice muy convencida, plantándose en mitad del diminuto pasillo que conduce a mi, casi igual de diminuto, salón.

—¿Qué? —le pregunto a punto de echarme a reír.

—Me has oído perfectamente —sentencia—. Tienes que elegir quién quieres ser: el putón, la lesbiana o la aburrida.

—Creo que eso es simplificar demasiado las cosas y, además, te falta un personaje.

—La cosa es que tú no tienes madera de lesbiana —prosigue ignorando por completo mis objeciones a su teoría—. Nos gusta más un tío que a un tonto un lápiz. Así que, llegados a este punto, tienes que escoger entre ser una tonta aburrida que sólo piensa y piensa o ser el putón que acaba montada en un columpio erótico.

Por qué todas las teorías de mis amigas acaban con columpios eróticos es algo que no entenderé jamás.

Voy a responder, pero ella levanta la mano para frenarme.

—Sé que lo has pasado mal —continúa— y que ese capullo está tan bueno que cada vez que lo veías desnudo estoy segura de que tenías la tentación de arrodillarte y venerar su polla, pero, al final, lo que cuenta es que te las hizo pasar putas y que tú le estás guardando un luto absurdo a una relación que fue un sinsentido.

—Vaya —replico pensativa al cabo de unos segundos—. Menudo monólogo. Tienes las ideas muy claras.

—Este discurso es ensayado —contesta orgullosa.

Nos miramos y las dos estallamos en carcajadas.

—Tienes razón en lo del luto —claudico—. Y en lo del cuerpazo —añado—. La tenía enorme —afirmo entre risas, pero un poquito más desolada esta vez, y no es por el (¡joder!, me ha tocado el Euromillón) tamaño, sino porque lo echo de menos, mucho, más de lo que me conviene en realidad.

—Dime algo que no sepa —protesta, colocándome el brazo por encima y obligándome a echar a andar—. Si estuviera hecho de mazapán, se acabaría el hambre en el mundo.

Las dos nos morimos de risa por tercera vez y sé que, si volver a Madrid tiene algo de bueno, son Rodri y ella.

Sólo hemos dado un par de pasos en el salón cuando Sira entra chocándose con el mismo mueble.

—Putita mesita de los cojones —farfulla.

Martina y yo nos giramos con la sonrisa preparada.

—He cometido el mayor error de mi vida —gimotea. Me echo a reír y a temblar al mismo tiempo. Tratándose de Sira, puede ser cualquier cosa.

—Anoche, cuando llegué borracha a casa —explica igual de consternada que si hubiera provocado la primera guerra mundial—, me apunté a Meetic.

—¿Qué? —pregunto al borde de la risa. Martina simplemente la mira boquiabierta.

—Ayer, borrachísima —aclara compungida—. Me abrí un perfil con una foto horrible y ahora no me acuerdo de la contraseña. Encima, no sé por qué, no usé mi correo electrónico, sino que creé uno nuevo del que tampoco tengo la contraseña para poder recuperar la primera.

Al terminar la retahíla, se deja caer sobre mi sofá, aún tapado con una sábana blanca.

—¿Por qué te abriste una cuenta nueva de e-mail? —inquire Martina aguantándose la risa.

—Quería empezar de cero.

—¿Y cuál es la nueva dirección de correo?

—bomberoardiente22@gmail.com.

Martina y yo ya no podemos más y estallamos en carcajadas. Sira entorna los ojos.

—Seguro que la contraseña es Sergei —consigo decir entre risas, intentando disimularlas por su cara de desesperación.

—O polvo de la paz mundial.

Volvemos a soltar unas risotadas. Sira se lamenta y, tras suplicar por una cerveza, nos llama inhumanas por no dársela.

Al final nos acomodamos en el sofá junto a ella.

—¿De qué hablabais? —nos pregunta.

—Le estaba diciendo a Candé que tiene que recuperar su vida y dejar atrás esta etapa tan increíblemente *aburrida* —se apresura a contestar Martina, haciendo larga cada letra de la última palabra.

Sira asiente.

—Más bien me estaba diciendo que debería convertirme en un putón —alego.

Sira asiente todavía más convencida y Martina lo hace con ella.

—La virginidad vuelve a crecer, ¿sabes? —apunta Sira muy seria.

—¿No encontraste ningún chico en Barcelona que te gustase lo suficiente como para echar un polvo? —me pregunta Martina.

—Ninguno me pareció atractivo —contesto encogíendome de hombros.

—Es muy difícil que un chico te parezca atractivo cuando te pasas todo el día llorando en un trabajo de mierda y toda la noche haciéndolo en un apartamento de mierda —sentencia Sira.

—¿Podemos dejar de hablar de mi vida sentimental, por favor? —les pido, para qué negarlo, un poco exasperada, al tiempo que dejo caer la cabeza sobre el respaldo del sofá.

—Llamar *vida sentimental* a eso es un poco osado —replica Martina socarrona, y yo la fulmino con la mirada.

—¡Tienes que salir! —grita Sira de pronto, haciendo aspavientos con las manos y sobresaltándonos a las dos—. Conocer tíos, divertirse, follar, montar en un columpio erótico. Sonríe.

—Tienes que volver a ser tú, Cande —añade y, por primera vez en los once años que hace que la conozco, puedo decir sin asomo de dudas que está hablando completamente en serio.

Las miro a ambas. Es obvio que tienen razón. Estar así, como si estuviera en *standby*, no me hace ningún bien. Además, tampoco sé a qué estoy esperando, ¿a que vuelva?, ¿a que me quiera? Tuvo mucho tiempo para hacerlo y nunca quiso.